

rante el año séptimo sus productos espontáneos pertenecen a los pobres, a los huéspedes extranjeros, lo mismo que al propietario.

Notable es también la ley del *iobel*, de jubileo, que es muy especial para el israelita. Cada cincuenta años los bienes alienados deben volver a sus antiguos poseedores: no se compra para la eternidad.

Algunos mandamientos están impregnados de ese heroísmo moral que condena el «sabio» Confucio: «Si encuentras perdidos el buey o el asno de tu enemigo, condúcelos tú mismo a su casa. Si ves al asno del que te odia abatido bajo su carga, no le dejes allí, ayúdale a llevarla.»

Por lo demás, conforme al espíritu hebraico, la sanción de esas leyes es exclusivamente material. Toda la Biblia está llena de amenazas de servidumbre o de abandono a los prevaricadores y de promesas de riqueza y de prosperidad a los fieles observantes.

No se encuentra en ella ninguna idea de derecho, porque «el semita es un esclavo a quien Jehová manda y castiga», en tanto que el ario, como dice D'Asier, más razonador, más penetrado del sentimiento de la dignidad humana, se eleva a la noción del derecho, que equilibra en él la noción del deber. Basta recordar la obediencia monstruosamente sugestiva de Abraham para percibir la diferencia psicológica y moral que, según Baisac, separa la raza de Prometeo, el raptor del fuego celeste, de aquella cuyo Dios no tenía más ley que su voluntad, y que ha podido decir sin suscitar ninguna reclamación: «Soy yo quien produce el bien y crea el mal; yo soy el amo que ha hecho todo.»

Pasaremos rápidamente sobre los *Proverbios*, que atestiguan elevadas preocupaciones morales, en concordancia con los más altos preceptos de moral que nos ha revelado el *Pentateuco*, objeto de nuestro presente estudio.

Pero sí, como quería Fourier, debe

juzgarse un pueblo por la condición en que en él vive la mujer, los hebreos no nos parecerán muy elevados en la escala moral. La mujer, entre ellos, no era más que una cosa, una esclava, un ser menor e impuro. La mujer es la perdición del hombre en las leyendas hebraicas; sobre este punto el *Talmud* no va a la zaga de la Biblia. Los escritores cristianos tampoco se han quedado cortos, en tanto que fuera del mundo judeo cristiano apenas se encuentra más que Aristófanes para hablar así de las mujeres.

Respiramos más ampliamente en el profetismo y sobre todo en Isaías, cuyas sublimes y ardientes poesías son seguramente las de un iniciado, y de un iniciado de genio.

Isaías, el inmortal Homero semítico, comienza por idealizar el culto:

«¿Qué tengo yo que ver con la multitud de vuestros sacrificios?, dice el Eterno.

»Estoy harto de holocaustos, de corderos y de la grasa de los becerros;

»No me place la sangre de los toros, de las ovejas ni de los carneros.

»Cuando os presentáis delante de mí, ¿quién os manda manchar el pavimento?

«Cesad de traerme vanas ofrendas.

»Aborrezco el incienso;

»Las lunas nuevas, los sábados y las asambleas;

»No puedo ver el crimen sentarse en las solemnidades.

»Mi alma odia vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas;

»Me son pesadas;

»Estoy cansado de soportarlas.

»Cuando extendéis las manos separo mis ojos de vosotros;

»Cuando multiplicáis vuestras plegarias no os escucho.

»Vuestras manos están llenas de sangre.

»Lavaos, purificaos.

»Quitad de delante de mis ojos la malicia de vuestras acciones.

»Cesad de hacer el mal.

»Aprended a hacer el bien; buscad la justicia.